

FIDELIDAD DE LA PAREJA

Este comportamiento posee una base biológica, pero en términos evolutivos los machos humanos parecen tener una tendencia a la promiscuidad y las hembras a la monogamia. Sólo las diferentes culturas establecen una u otra inclinación.

Para los darwinistas el sentimiento de fidelidad que ata a la pareja tiene una explicación evolutiva: la hembra necesita desarrollar mecanismos corporales y sociales que impidan al macho abandonar la prole, y una de ellas es la idea de mantenerse fieles a la pareja.

Los rituales de galanteo y seducción previos a la copulación requieren en el caso de los animales, grandes inversiones energéticas por parte del macho, como una forma de asegurar que no abandonará a la hembra. En consecuencia, el acto sexual implica un compromiso, tanto para los animales como las personas.

La duración biológica del emparejamiento es limitada, y también lo es la tendencia a la fidelidad en la pareja. El enamoramiento de dos personas se transforma en afecto con el paso de los años, y la existencia de los hijos, sumado al apego generado con los años, mantienen la relación.

Sólo un 10% de las especies animales son monógamas, pues en un medio hostil, el problema de conseguir alimento suficiente y criar juntos a la prole, les impide tener tiempo para distraerse. Ésta es la prosaica razón de su fidelidad a la pareja.

Está comprobado que en los medios adversos, los machos no son llamativos porque si lo fueran atraerían a los depredadores, y si son monógamos no necesitan seducir al sexo contrario. En cambio, un polígamo siempre va a conquistar, por eso se viste de colores atractivos, si se siente en un ambiente seguro; mientras que para la hembra es más conveniente pasar inadvertida para los enemigos, porque debe proteger a sus crías.

Entre las aves, la manutención de las crías es muy ardua y difícil, por lo que se hace imprescindible la colaboración del macho. En cambio, cuando no hay muchos enemigos a la vista, la defensa de la vida se hace más fácil, y el instinto del macho lo induce a tener el mayor número de parejas, para asegurar la supervivencia de sus genes. La hembra debe optar por procrear con el macho que elija o hacerlo con un polígamo que la proteja, siempre que tenga algo que ofrecer.

Casi todas las mamíferas eligen a sus parejas por interés. El 97% de los mamíferos son polígamos, sobre todo los machos, que intentan inconscientemente que perviva su herencia, copulando con el mayor número de hembras posible. Por su parte, las hembras que alimentan con su propio cuerpo no necesitan un marido fiel que les busque el sustento de sus hijos, no tienen que empollar y gozan de la autonomía que les brinda sus mamas.

En realidad, la monogamia comenzó a desarrollarse con el bipedismo. Los *Australopithecus afarensis* machos que vivieron hace 4.000.000 de años, salían a buscar alimentos, mientras sus hembras quedaban al cuidado de la prole; y como no deseaban alimentar hijos ajenos, debían asegurarse, dentro de lo posible, de que no compartían la hembra.

Los paleontólogos creen que la antigua sociedad humana fue polígama, y lo más lógico, es que funcionara la vía matrilineal de reconocimiento de los hijos, pues las mujeres son las únicas, que pueden estar seguras de su legitimidad. Sin embargo, la mayoría de las sociedades conocidas por los antropólogos, son patrilineales.

Numerosos antropólogos coinciden en afirmar que los humanos, tanto heterosexuales como homosexuales, casi nunca se emparejan una sola vez en la vida; y están convencidos de que el primate humano, por imperativo biológico, es esencialmente polígamo, igual que los chimpancés y los gorilas, sus parientes más próximos en la escala evolutiva. Así mismo, los estudios corroboran que la monogamia es una excepción en las sociedades cazadoras-recolectoras.

Podría decirse que la condición poligámica está escrita en la genética y la anatomía, pues el modelo difundido entre las especies polígamas, presenta a los machos algo más grandes y más agresivos que las hembras, y a éstas más precoces en alcanzar su madurez sexual; factores que se dan precisamente en el primate humano.

En los últimos cuatro millones de años, la vida ha sido bastante complicada, y todo ha cambiado desde que los *Australopithecus afarensis* vivían en la sabana africana con un clima excelente y comida abundante, y por supuesto, en promiscuidad. Antes de esto, la organización social humana se aproximaba a la de los gorilas, con machos poseedores de un harén de hembras y dominadores de otros machos.

Los *Australopithecus afarensis* eran bípedos y vegetarianos, aunque no estrictos, pues aprovechaban alguna carne abandonada por los carnívoros. Su reproducción seguía el modelo de los primates, es decir, tener pocos hijos y atenderlos durante mucho tiempo; ya que el macho podía sospechar que los hijos fueran ajenos y su propio esfuerzo y trabajo se convirtieran en un regalo.

Algunas sociedades resolvieron esto permitiendo que las hembras cohabitaran con varios machos, sin que ninguno tuviera compromiso con ellas ni con sus hijos, pero si la obligación de mantener a sus hermanas y a los hijos de éstas.

Estos antepasados de la especie humana sufrieron una modificación paulatina, su alimentación cambió, y el cerebro se desarrolló cada vez más. El *Homo erectus* alcanzó una capacidad craneal un 33% mayor que el *Homo habilis*, los partos se tornaron más difíciles y las crías comenzaron a necesitar muchos años de cuidados. Todo conducía a la división de tareas en función del sexo: el macho se convertía cada vez con más énfasis, en la fuerza de trabajo exterior, y la mujer, la fuerza de producción de crías.

Coincidiendo con el bipedismo, apareció otro fenómeno fundamental para la estrategia de la monogamia: el ocultamiento del celo femenino. La mujer está en capacidad permanente de copular, y cuando llega la ovulación no evidencia su celo.

En ninguna otra especie el objetivo final de la copulación se ha desligado tanto del fin biológico de la procreación, como en la humana; y la opinión de los antropólogos es muy diversa en cuanto al significado de esta característica.

Algunos opinan que es el resultado de la evolución que lleva a la satisfacción y el placer del sexo, apartándolo del instinto animal; otros creen que es un recurso femenino de manipulación sobre el macho; y existen quienes sostienen que si las mujeres conocieran con exactitud, el momento favorable para quedar embarazadas, lo evitarían con demasiada frecuencia, creando el peligro de dificultar excesivamente la reproducción.

Por otra parte, el sexo y el placer se vinculan con el enamoramiento, y los antropólogos han encontrado este sentimiento en todas las sociedades humanas; aunque si bien el ser humano está condicionado para tener esta emoción, no lo está para mantenerse enamorado.

La fase más oscura del enamoramiento son los celos; sentimientos muy fuertes y muy mal vistos, por lo que rara vez se expresan, pero que, ocasionado con fundamento o sin él, son una de las fuentes de conflicto más poderosas que existen; pues rompen las parejas y la emoción desencadenada por ellos, desinhibe muchas veces los escrúpulos, llegando en ocasiones a inducir al crimen. En este sentimiento queda demostrada una contradicción del ser humano: no puede dejar de ser infiel, pero no soporta que le sean infiel.